

CAPÍTULO II

El lenguaje interior y sus relaciones con la palabra externa.

Sumario : *La palabra interior*: M. EGGER. — *Historia de la cuestión*. — *Los auditivos*. — M. CARO y *el visualismo*. — M. STRICKER y *los motores*. — *La teoría de CHARCOT*. — *La parte sensorial y la parte motriz*. — *Opinión de los doctores BALLEET y SAINT-PAUL*. — *El auditivo-motor-verbal*. — *El motor oral es un orador-nato*. — NUMA ROUMESTAN. — *El auditivismo, el visualismo y el temperamento oratorio*.

I

La nueva psicología, siguiendo á Augusto Comte y á su escuela, ha proscrito el método de introspección. De esto han deducido los espíritus superficiales que la doctrina positiva había suprimido la psicología y que dejaba en el olvido el mundo de la conciencia. Es un error. La filosofía comtista se limita á protestar contra el error de Víctor Cousin y sus discípulos. Declara que el método de la obser-

vacación interna no puede, *por sí sola*, fundar la psicología. Hoy día los especialistas admiten que, si el espíritu puede observar las pasiones, no puede sino difícilmente observar los fenómenos intelectuales, puesto que el órgano observado forma una unidad con el órgano observador (1). Esto es lo que explica las increíbles divergencias de los metafísicos del estudio del «yo». La antigua psicología estaba condenada á la impotencia. No por esto dejará de reconocerse que algunos análisis interiores de los escritores de la vieja escuela son verdaderas obras maestras que nos proporcionan, gracias al método comparativo, serios elementos de ciencia psíquica.

Históricamente, aparece que la importante cuestión del lenguaje interno, que ha agitado tanto la psicología, fué planteada precisamente por un filósofo en quien dominaban de una manera sistemática las consideraciones espiritualistas, M. Victor Egger (2). No existe, ó si existe lo ignoro, obra especial que refiera los orígenes de esta curiosa fase de la evolución psicológica. Voy á procurar presentar su cuadro fiel.

Hace ya mucho tiempo que la importancia de la *palabra* en el pensamiento humano fué puesta de

(1) Comparad LEVY-BRUHL, *La Philosophie d'Auguste Comte*, 1 vol. 1902. Alcan, ed.

(2) V. EGGER, *La Parole intérieure*, 1 vol. Alcan, ed., 1891. Egger declara que rechaza enérgicamente el método experimental en psicología.

relieve. Si algunos pensadores habían calificado las palabras de miserables fichas, otros, por el contrario, las habían bautizado « la moneda de todas las relaciones intelectuales ». En el fondo de las cosas, efectivamente, la palabra representa la quinta esencia de las adquisiciones sucesivas de la humanidad. Según la expresión de Kussmaul el pensamiento no puede adquirir su claridad plena y toda su precisión antes de que haya encontrado en una palabra su expresión exacta.

Así pues, si es imposible llegar hasta el extremo de pretender que no se puede pensar sin el auxilio de las palabras, es sin embargo preciso hacer constar que, en su momento de evolución actual, la especie humana piensa *con la palabra*.

El pensamiento no existe verdaderamente sino en el instante en que el hombre ha adquirido los materiales que le permiten hacerse escuchar por sí mismo. Á partir del día en que el vocabulario mental fué creado, todo cerebro humano se convirtió en una inmensa fábrica en la cual casi nunca hay reposo. Las celdillas que han almacenado las palabras son otras tantas obreras para quienes el día de ocho horas será siempre inaplicable, puesto que es imposible afirmar que « el espíritu » esté un solo minuto, de día ó de noche, sin *oir, hablar, ó ver* palabras interiormente.

En realidad, sólo desde hace quince años la filosofía se ha preocupado de esta cuestión tan apasio-

nante del lenguaje mental. Corresponde á la ciencia francesa el honor de haber abordado este difícil problema. M. Egger, desde el punto de vista psicológico, y Charcot, desde el punto de vista patológico, son los primeros zapadores que comenzaron á desmontar este vasto terreno.

He aquí, primeramente, lo que escribía M. Egger en 1881 (1):

« Á cada momento, el alma habla interiormente su pensamiento... Cuando hablamos en voz alta, la palabra interior no está ausente; no se calla sino á medias y por intervalos; cuando recobramos el aliento, cuando señalamos, con silencios cortos, los puntos y las comas de nuestras frases, *la oímos*. ella nos recuerda la trama de nuestro discurso, nos dicta las palabras que deben seguir; sirve de guía, ó, diremos mejor, de apuntador á la palabra exterior...

« Sirve de intermediario entre el pensamiento que quiere exteriorizarse y la palabra audible que va á difundirlo.

« Frecuentemente prepara la palabra audible, siempre *la repite*; frecuentemente traza, sin saberlo nosotros, el borrador de nuestros discursos futuros, y siempre es un eco, *un eco lejano y libremente modificado de las palabras pasadas*, nuestras ó ajenas... Está siempre unida por un vínculo nece-

(1) V. EGGER, *op. cit.*, p. 1.

sario á la palabra pasada, su primer modelo y su fuente original. »

Y M. Egger se complacía en citar, como apoyo de su tesis, este pasaje de Rivarol (1):

« Si en el retiro y en el silencio más absoluto un hombre medita sobre los asuntos más libres de la materia, oirá siempre, en el fondo de su pecho una voz secreta que nombrará los objetos á medida que van pasando en revista. »

II

Después de un trabajo tan concienzudo como el de M. Egger, parecería que todo se había dicho sobre la materia; podíase creer que la había agotado desde luego. Pocos hombres, en efecto, aun de los más eminentes, están dotados del don de introspección. El examen de la conciencia psicológica, para hablar como los clásicos, es todavía más difícil que el examen de la conciencia moral. Parecía indicado que se aceptaría con toda confianza la doctrina de M. Egger, tan elegantemente apoyada en una multitud de bien escogidos ejemplos. ¿No era, además, halagador para todos los hombres, ver proclamar por un sabio autorizado que el demonio interior de Sócrates no es la especialidad de algunas

(1) RIVAROL, *De l'universalité de la langue française.*

inteligencias extraordinarias y que todo el mundo posee en el espíritu ese personaje íntimo, á veces fastidioso, pero á veces también inspirador de bellos pensamientos?

Además el distinguido profesor afirmaba sus conclusiones con una energía singular, diré casi con obstinación. Declaraba firmemente que todos los hombres, sin excepción alguna, platicaban de ese modo con un personaje interior; y llegaba al extremo de reprender agriamente al filósofo *Bain* que no admitía la misma opinión.

El libro de M. Egger causó mucho ruido. *M. Caro* hizo un juicio crítico de él, muy benévolo, en el *Journal des Savants*, juicio que reprodujo la *Revue politique et littéraire* (1). Cosa extraña: á pesar de su perspicacia ordinaria, *M. Caro*, si bien saludaba en la persona del escritor á un psicólogo de porvenir, no se dió cuenta de toda la importancia del grave problema que acababa de plantearse. No obstante esto, una de las críticas que el ilustre académico dejaba traslucir entre los elogios, merece ser retenida.

Decía en breves términos *M. Caro*: « Sois demasiado exclusivo. Pretendéis que la palabra interior se oye; sin embargo, esto no es siempre cierto. La imagen de un sonido es un eco; pero las otras imágenes, las *imágenes visuales*, no se le asemejan,

(1) *Rev. polit. et litt.*, 22 julio 1882.

y éstas son con exceso las más frecuentes en la vida intelectual. »

De haber comprendido la gravedad de la cuestión así planteada, M. Caro hubiera insistido más. Su crítica, en el fondo, tendía nada menos que á contradecir de la manera más absoluta y sin término medio posible, todas las conclusiones del profesor de la Facultad de letras de Burdeos.

M. Egger afirmaba : todos los hombres oyen su pensamiento.

M. Caro decía : no, lo ven.

Mientras este debate curioso surgía entre dos filósofos franceses, un sabio extranjero, M. S. Stricker, profesor de la Universidad de Viena, daba á luz una serie de estudios sobre el lenguaje (1), cuyos resultados habrían hundido en la estupefacción á M. Egger y á M. Caro si los hubiesen conocido entonces.

También M. Stricker procuró, por su parte, penetrar los secretos del lenguaje interior. Pero no llegó ni á la conclusión precisa de M. Egger ni á la conclusión vaga de M. Caro. He aquí su teoría :

« Cuando, dice, tranquilamente sentado, cierro los párpados y los labios y evoco en mi memoria algún verso muy conocido, me parece, si fijo mi atención en mis órganos articulatorios, que hablo interiormente. Mis labios están cerrados, es ver-

(1) Publicados en francés con el título : *Du langage et de la musique*, en 1885, Alcan, ed.

dad... Y sin embargo, me parece que pronuncio el verso en que pienso (1).

« A la representación de cada sonido oral se liga inseparablemente un sentimiento (más ó menos claro), en los órganos articulatorios. Así pues, cuando pienso en palabras, digo que las imágenes auditivas no tienen participación alguna en mi pensamiento (2). »

Es fácil darse cuenta, por estas simples citas, del procedimiento interior con que piensa M. Stricker. No usa habitualmente ni imágenes auditivas ni imágenes visuales, se sirve de imágenes motrices.

En suma, para su organismo, hablar y pensar son una misma cosa. Admite francamente la opinión de Bain contra M. Egger. Para él, pensar es retenerse de hablar. No escucha un personaje interior que le recita las frases que constituyen su pensamiento. Tampoco ve, escritas en su pensamiento, las palabras que necesita. Tiene el sentimiento muy claro de que es él, de que son sus músculos los que hablan y obran.

La superioridad incontestable de M. Stricker sobre los filósofos franceses consiste en que no practica el exclusivismo. La observación interna que presenta al público, la da francamente como una observación particular de M. Stricker. No

(1) *Op. cit.* Introducción.

(2) *Op. cit.*, p. 21-26.

pretende englobar en su caso á la especie humana — ni preconizar su mecanismo intelectual como un invariable procedimiento cerebral.

III

Á Charcot debía corresponder el honor de ordenar este caos.

Debo á la cortesía de mi lamentado amigo el Dr. *Paul Blocq*, jefe entonces de los trabajos anatomo-patológicos en la Salpêtrière, poder precisar el punto interesante de saber en qué época y de qué manera el ilustre profesor había sacado á luz su admirable teoría de los procedimientos del espíritu humano.

Al estudiar las formas de la *afasia*, en el curso del año de 1883, Charcot fué inducido á criticar las ideas emitidas por los psicólogos sobre el mecanismo del lenguaje interior. Sus lecciones originales fueron publicadas por primera vez en italiano, por M. Miliotti (*Differenti forme d'afasia*, Milán, 1884) (1).

He aquí el resumen más sencillo que me sea

(1) V. PAUL BLOCQ, *De l'aphasie*, 1893. — MARIE, *De l'aphasie*, *Revue de médecine*, 1883. — BERNARD, *De l'aphasie*, Tesis, 1885. — GILBERT BALLEZ, *Le Langage intérieur*, Alcan, ed., 1886. — DR. G. SAINT-PAUL, *Essais sur le langage intérieur*, 1892.

dable hacer de las ideas del maestro, completándolas, hasta donde esto es posible, con la ayuda de los trabajos de sus discípulos.

Teniendo á la vista el esquema de la página 17, se puede verificar fácilmente este hecho, que, desde el punto de vista del lenguaje, el sistema cerebral se divide en *parte sensorial* y *parte motriz*.

Desde luego se puede comprender que algunos hombres tengan el lado sensorial más completo, mejor desarrollado, más finamente organizado que el lado motor. No sólo, sino que aun podría admitirse en rigor que hay individuos casi exclusivamente *sensoriales*.

Estos sensoriales se dividen en dos categorías bien marcadas, por una parte los *auditivos* y por otra parte los *visuales*.

Sea por disposición nativa, sea por costumbre, los *auditivos* no piensan sino con imágenes acústicas. Para simplificar la cuestión, puesto que me propongo limitar mi estudio á lo que concierne al lenguaje, diré que piensan con imágenes *verbales*.

Estos están formados conforme al tipo tan bien descrito por M. Egger. Son verdaderos auditivos, auditivos puros. *Oyen* á su demonio interior hablar su pensamiento.

Completamente diferentes son los sensoriales del otro tipo, los *visuales*. Estos últimos, *cuando piensan con palabras*, las ven escritas ante sus ojos. Unas veces esas palabras les aparecen como

trazadas sobre un cuadro de su propia escritura, y otras les aparecen como caracteres impresos.

M. Caro, según su descripción, formaría parte más bien de esta categoría. Pero el escritor que parece haber realizado mejor este tipo es seguramente *Charma*. Decía: « Pensamos nuestra escritura como escribimos nuestro pensamiento (1). »

Después de los *sensoriales*, los *motores*.

Á su vez, éstos se subdividen en dos categorías: los *motores de articulación* y los *motores gráficos*.

Los *motores de articulación* realizan plenamente el tipo Stricker. No pueden pensar sino con la condición de emplear imágenes musculares. Su pensamiento es una palabra retenida. Á cada instante la palabra interior amenaza en ellos transformarse en palabra externa. Otra vez es Charcot quien, por bella que sea la definición de Bain, ha pintado mejor el mecanismo intelectual de los *motores*. « Tocan, dice, un piano mudo cuyas teclas funcionan, pero sin hacer vibrar las cuerdas (2). »

El más ilustre de los motores de articulación ha sido seguramente *Michel Montaigne*, quien escribió esto: « Es necesario que lo que hablamos

(1) ANTOINE CHARMA, *Essai sur le langage*, citado en el cuestionario del Dr. Lacassagne en *Archives d'anthropologie criminelle*, 15 de marzo 1892.

(2) P. BLOCQ, *op. cit.*

lo hablemos en primer lugar á nosotros y que lo hagamos sonar dentro de nuestras orejas antes de hacerlo oír á los extraños (1). »

Al lado de los motores de articulación se colocan los *motores gráficos* que constituyen una categoría poco numerosa. Son las personas á quienes las ideas no vienen bien sino con la pluma en la mano. La mejor observación que he encontrado de un motor gráfico se encuentra en la interesante obra del Dr. Georges Saint-Paul (2). « ... Cuando quiero redactar un razonamiento, escribo un profesor de la Universidad de Lille, *necesito el papel y la pluma*, necesito ver mi frase; debo añadir que cuando me hablo así á mí mismo, *veo* cada palabra y la pronuncio interiormente *con sus letras*. »

IV

Sería un gran error pensar que las categorías antes descritas se encuentran de una manera tan sencilla en la realidad. Desgraciadamente para la ciencia, el cerebro humano no entrega así todos sus secretos y la verdad es que los tipos de Charcot son antes que nada esquemáticos.

(1) Citado en el cuestionario del Dr. Lacassagne.

(2) DR. G. SAINT-PAUL. *Essais sur le langage intérieur*, p. 88, 1 vol. Storck y Masson, ed.

No sólo, sino que es imposible afirmar que un solo hombre sea únicamente auditivo ó únicamente visual.

En un cerebro todos los mecanismos del pensamiento pueden ser empleados : pero es muy raro que todos sean usados por el mismo individuo. Á este respecto, mis observaciones personales me permiten hacerme francamente solidario de las opiniones del Dr. Saint-Paul contra el profesor M. Ballet. Este último proclama que el tipo « indiferente » debe ser el más común en la humanidad. Creo con M. Saint-Paul que, por el contrario, « realiza una fórmula rara », y que siempre hay en un cerebro una tendencia habitual á servirse del modo de trabajar mentalmente que parezca más cómodo. Espero, después, sacar alguna consecuencia de este principio.

Sin embargo, nunca está por demás repetir que en psicología es preciso desconfiar de las fórmulas simples. La complejidad y el embrollo son la regla en el organismo. Entiéndase bien, de una vez para siempre, que las divisiones y las categorías se establecen solamente para la claridad del espíritu.

El Dr. Paul Blocq (1), precisando de acuerdo con Charcot, los sitios anatómicos de las imágenes, da el ejemplo de la probidad científica di-

(1) P. BLOCQ, *op. cit.*

ciendo « que esas localizaciones figuran tan sólo el lugar por donde pasan los elementos visuales y auditivos que constituyen una parte, *la más importante, si se quiere, de esas imágenes*, para ir á impresionar los otros centros. »

Así se debe hablar cuando se quiere precisar las categorías del lenguaje mental. Es preciso decir sencillamente que las imágenes auditivas constituyen *el más importante bagaje* del auditivo, y así análogamente respecto de los demás tipos.

Se puede sin embargo afirmar sin temor de engañarse que ciertos « tipos » se asociarán juntos mejor que otros. Así el *motor de articulación* y el *auditivo* se unen muchas veces de tal suerte que se podría proclamarlos inseparables. Releed la descripción de Montaigne, citada antes, y decidme si en cierto modo no revela el auditivismo. El Dr. Saint-Paul ha llamado á este tipo « el auditivo-motor-verbal » (1). Es fácil de comprender que haya, en muchos casos, parentesco entre estas dos categorías si se recuerda lo que se ha dicho en el capítulo primero.

El oído es la condición primordial de la palabra; así pues, el motor de articulación y el auditivo dependen del mismo *sentido*. Los dos ocupan en el esquema (figura 1) una misma mitad del cuadro.

¿No será permitido afirmar que el visual y el

(1) *Op. cit.*, p. 62.

motor gráfico tienen alguna probabilidad de encontrarse reunidos en la misma persona? M. Saint-Paul ha presentado doce observaciones por lo menos de un tipo semejante (1). ¿Verdad que puede explicarse esta unión íntima por las consideraciones que acabo de consagrar al auditivo-motor?

V

¿Será necesario, después de lo expuesto, entrar en largas discusiones para establecer que, de todos los tipos descritos, el que se encuentra en mejores condiciones para pasar del lenguaje interior al lenguaje exterior es el *motor*, y que el menos bien dispuesto para la palabra externa es, teóricamente, el *visual*?

Todos los autores proclaman casi unánimes, con M. Egger, que la palabra interior es la preparación directa de la palabra audible. ¿Qué es lo que le falta al motor para expresarse? Se retiene ya de hablar, lo hemos dicho; cuando habla, parece estar en su elemento natural, obedece á una necesidad. ¿Qué trabajo puede costar la palabra exterior á un hombre para quien la palabra interior equivale á una contención de los músculos.

(1) *Op. cit.*, p. 84.

del lenguaje? M. Stricker ha podido citar el ejemplo de motores ¡que se *enronquecían* pensando!

Veremos también, al abordar otra parte de este trabajo, el horror profundo que algunos oradores han mostrado por la escritura. Casi podría afirmarse que existe una oposición absoluta entre *la articulación* y *el grafismo* (1).

No solamente el motor oral no tiene necesidad de recurrir á las imágenes visuales para pensar, sino que muchas veces, en él, el centro motor de articulación está en un verdadero estado de eretismo. Llega al grado de no comprender las palabras pronunciadas hasta haberlas *pronunciado*. Sí, de algunos de ellos se puede decir que la palabra exterior *precede al pensamiento*. Realizan, al pie de la letra, el tipo de *Numa Roumestan*.

Tengo empeño en citar textualmente el pasaje de la novela de Alphonse Daudet, para que se vea hasta qué punto el ilustre escritor posee el genio de la observación:

« *Cuando no hablo no pienso*, decía Numa muy ingenuamente, y era cierto. La palabra no le brotaba por la fuerza del pensamiento, al contrario, se anticipaba al pensamiento, despertándolo con

(1) « Una lesión del centro de la palabra no tiene como consecuencia ningún trastorno visual... Las últimas ramificaciones de los nervios visuales terminan en cierta región de la corteza cerebral que, esto no es ya discutible, está fuera del centro de la palabra. » STRICKER, *op. cit.*, p. 66.

su ruido completamente maquina. El mismo Numa se admiraba, se divertía con estos hallazgos de palabras, de ideas perdidas en un rincón de su memoria y que la palabra encontraba, recogía, ligaba en manojos de argumentos. Al hablar se descubría una sensibilidad que ignoraba, se conmovía con la vibración de su propia voz, con ciertas entonaciones que le oprimían el corazón y le llenaban los ojos de lágrimas. Estas eran ciertamente cualidades de orador, pero él no lo sabía. »

Pero no todos los motores orales llegan á esto que podemos llamar el colmo de la motricidad de articulación. En un gran número de ellos esta motricidad se atenúa hasta llegar á ser normal. En su caso casi se equiparan el auditivismo y la motricidad oral. Deben realizar el tipo del *auditivo-motor-verbal* descrito por el Dr. Saint-Paul.

Ni siquiera creo que el auditivo más puro tenga gran dificultad para convertirse en motor oral. Me inclino mucho á afirmar que todo motor de articulación oculta un auditivo.

El más obstinado, el más sistemático de los auditivos, M. Víctor Egger (1) ha sido obligado á

(1) V. EGGER, *op. cit.*, p. 104. — No creáis que los descubrimientos ulteriores de Charcot hayan podido hacer desistir á M. Egger de su teoría. Ni la ironía de M. Gilbert Ballet ha tenido el don de convertirlo. He aquí la copia textual de una carta que dirigía en 1892, nueve años después de las críticas de Charcot, al Dr. Saint-Paul : « M. Charcot enseña que soy auditivo. M. Ballet lo ha impreso. Sí, soy

admitir que cuando un hombre (y sabemos que en su teoría todos los hombres son fatalmente auditivos) está apasionado ó preocupado, pasa fácilmente del monólogo interior al monólogo hablado. Llama á este fenómeno « una forma viva de la palabra interior ».

¿ Qué otra cosa quiere decir esto sino que, para él, no hay entre el auditivismo y la motricidad oral más que una diferencia de excitación?

Concluyo, pues, que tanto el motor como el auditivo, están dotados por la naturaleza, el primero admirablemente y el segundo suficientemente, para llegar á ser oradores. Solamente en estas dos categorías han debido reclutarse los oradores notables. Veremos bien pronto si la observación justifica ó no esta tesis.

En cuanto á los *visuales* y sobre todo á los *motores gráficos*, su mecanismo intelectual les veda el arte oratorio. No me permitiría afirmar que ningún orador de talento haya sido visual (1),

auditivo, como M. Charcot, M. Ballet, M. Lacassagne, como todo el mundo. Protesto contra los tres tipos... ¡ el tipo visual no existe sino entre los profesionales tipógrafos, y quién sabe! El tipo motor no existe sino entre los sordomudos... »

¿ Tenía razón para decir que M. Egger era testarudo?

(1) No es quizá inútil, con el objeto de evitar una confusión, declarar una vez más que sólo se trata aquí de las *imágenes verbales*. El número de los visuales que piensan con imágenes *no verbales* parece ser bastante considerable. No puedo, sin embargo, creer que las imágenes no verbales

porque la historia podría desmentirme varias veces. Digo simplemente que el visual y el motor gráfico están mal equipados para la palabra pública.

Si el azar de la organización cerebral permite excepcionalmente que un motor gráfico sea en cierto grado motor oral, no cabe duda que un orador distinguido pueda ser el producto de semejante conformación; pero el caso se contará seguramente como una excepción.

Entre los datos que pueden transformar de singular modo las condiciones de un « cerebro oratorio », hay uno que representa un papel enorme: la memoria.

Para que me sea posible continuar este estudio y terminarlo con conclusiones prácticas, es tiempo ya de que aborde el examen de la memoria en sus relaciones con la materia que forma el objeto de este trabajo.

puedan representar en ellos un papel tan preponderante como algunos quieren afirmarlo. Émile Zola, entrevistado por M. Saint-Paul, declara gravemente *que cuando piensa en un rayo de sol se siente deslumbrado*. Bien se ve que M. Zola era del mediodía. Es evidente que mis observaciones respecto de los verbo-visuales se aplican *á fortiori* á los visuales no verbales, porque es de presumirse que un cerebro en el cual *la imagen inhibe la palabra* no será nunca el cerebro de un orador.

CAPÍTULO III

La palabra y las memorias.

Sumario: *La memoria es un hecho biológico. — Teoría de M. RIBOT. — Movimientos automáticos, primitivos y secundarios. — Memoria orgánica y memoria psíquica. — La fuerza del adjetivo. — Memorias necesarias al orador. — Memoria bruta y memoria organizada. — La cerebración inconsciente. — Inspiración, improvisación. — LACHAUD. — La rapidez del pensamiento: MAURY. — Los latentes. — Conclusión.*

I

La teoría de la *memoria* considerada como una « facultad del alma », como una « entidad » psicológica, no es hoy sostenida por nadie.

La memoria no puede ser ya examinada como una función que tiene existencia independiente. Es un hecho biológico, una condición de vida, una propiedad inherente á la materia organizada (1).

(1) V. RIBOT, *Les Maladies de la mémoire*, Alcan, ed. —